

# El universitario y su época

## II

Carlos  
Monge  
Alfaro



La tensión y efervescencia en que viven los pueblos, principalmente estudiantes y trabajadores, tienden a subir de tono; a alcanzar dimensiones y sesgos cuya gravedad depende del grado de miseria y de discriminación en que vivan los países. Si no se estudian a fondo las raíces de los males que aquejan a la sociedad contemporánea, ni se crea la terapéutica del caso con seriedad y vigor, el incendio social destruirá las conquistas alcanzadas durante centurias. Hoy el proceso histórico puede planearse con sabiduría, ciencia y tecnología. De ahí que la participación de los científicos y de los profesores sea indispensable —a pesar de que algunos estadistas y políticos desearían que no se metieran en nada y que se limitaran a constatar cuando se les pregunta— en el cambio o en la creación de una nueva sociedad.

Estas posturas y actitudes que exige la época parecieran inusitadas o extrañas al marco académico dentro del cual se han desenvuelto los integrantes del Claustro. Es cierto que la institución durante décadas navegó en mares más o menos tranquilos: sus funciones eran transmitir y enriquecer el conocimiento, formar profesionales, estudiar los problemas de la comunidad para recomendar soluciones. Giraban, pues, en torno a "lo académico" —entendido como luz que irradia pensamiento y ciencia.

Esa imagen de universidad es la característica de los siglos XVIII y, más propiamente, del XIX y primeras décadas del actual. La ciencia, considerada desde el ángulo académico cons-

tituía un instrumento y un poder monopolizados por unos cuantos sabios y profesores. Estos eran en las universidades alemanas y francesas propietarios vitalicios de las cátedras, verdaderos señores feudales que constituían una a manera de digna y augusta casta, poseedores del saber. De esa manera, las universidades estaban concebidas y organizadas en torno a grandes poderes individuales que ejercían un dominio absoluto en los Claustros —especie de aristocracia o nobleza del pensamiento, con relaciones de autoridad y jerarquía que hace recordar el "Ancien Régime" del siglo XVIII. No en vano en Francia la universidad de la centuria decimonónica fue ordenada —principios, valores, estructuras— en la época napoleónica. Lo académico experimentó algunas variantes de como se entendiera en tiempo de Platón, y Sócrates y durante la vida intelectual movida y azarosa de la edad media; se acuñó con base en los mismos criterios que sirvieron de fundamento a la monarquía absoluta de Europa Occidental, principalmente de Francia Capeta.

Tal panorama u orden de cosas no calza con una época en que el conocimiento científico y la reflexión filosófica adquirieron extraordinaria expansión entre los universitarios y los ciudadanos en general; en que la ciencia adquirió un acusado significado y sentido social, en que la existencia y condición del hombre atraviesan por una crisis que revela cambio profundo en el "ser".

Las condiciones modernas dentro de las cuales se planean y llevan a cabo las investigaciones; la influencia de la ciencia en el estilo de vida; el asombroso desarrollo de la tecnología; el acelerado ritmo con que se han producido el cambio y la revolución; el ingreso de la juventud como fuerza creadora y pujante en todos los órdenes de la existencia, estimularon e incitaron el talento, sin límite de edad, ni para arriba ni para abajo. Fuera de las universidades surgieron institutos de investigación al aumentar las necesidades de las masas y al a-

vanzar las ciencias de la salud. Grandes compañías y consorcios crearon laboratorios en que trabajan científicos día y noche en busca de nuevas fórmulas con las cuales salir airoso en la aguda competencia. La ciencia avanza por la acción de equipos de investigadores, en quienes el mérito recae no en la procedencia social sino en el talento. Las oportunidades han aumentado para todos los hijos del pueblo.

De esa suerte, lo académico conformado al estilo de las dos centurias anteriores empezó a resquebrajarse. En un siglo de acelerada combustión humana, azotado por revoluciones y cambios en las estructuras y en las ciencias, la imagen y concepto de las cosas tenía que variar, y entre ellas lo concerniente a los objetivos, metas y funcionamiento de las universidades. Ambiente recoleto para pensar con independencia; pero también ambiente social en el que están inmersas las universidades. Estas no pueden vivir fuera de la sociedad ni arrastradas por éstas. Su eminencia y riqueza de espíritu les da posibilidad de señalar caminos. El filósofo y el científico han vuelto a ocupar, como en épocas señeras de la historia, el lugar que les corresponde. Han vuelto a conectarse con la vida, con la sociedad, para participar en su transformación, en su desarrollo. Un episodio de ese dramático renacimiento son las revueltas estudiantiles de los últimos años y la reforma, en proceso de desarrollo de las universidades francesas y alemanas.

¡Nueva aventura de la historia de la educación superior europea, de la cual aún no sabemos a ciencia cierta qué saldrá! Aunque ya hay un logro de extraordinario valor: los férreos cuadros de catedráticos han sido rotos a fin de dar a los profesores igualdad de derechos. El "Ancien Régime" universitario o académico ha sido conmovido.

Los universitarios de todo el mundo conocen cuál es la posición que deben asumir para ser arquitectos de la época, que demanda pensamiento, ética y acción coordinada e inteligentemente dirigida.